

Nico te va a cambiar la vida
(quieras o no)



El
nombre
propio
de la
felicidad

MARÍA JEUNET

Índice

PORTADA

DEDICATORIA

CITAS

1. ASÍ ERA MI VIDA. HASTA AHORA

2. ¿QUÉ TENGO QUE HACER?

3. Y ALLÍ ABAJO NOSOTROS ÉRAMOS LOS REYES

4. BENDITO DOLOR PROVOCADO POR LA FELICIDAD...

5. RECORDARÉ TODA MI VIDA ESE PRIMER DÍA DE JULIO

6. LE CONTARÉ TODO AL DETALLE

7. EL MUNDO ME PARECÍA SIMPLEMENTE PERFECTO

8. LAS MANOS ENTRELAZADAS

9. QUE NADIE LO OLVIDE NUNCA

10. PUEDO

11. COSAS QUE ME SALVARÍAN LA VIDA

12. EL ROMPECABEZAS

13. LO QUE PERDIMOS POR EL MIEDO

14. LAS GUINDAS SON DE COLOR ROJO TULIPÁN

NOTA DE LA AUTORA

CRÉDITOS

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

*A las almas que me acompañan, me acompañaron
y me acompañarán en la vida.
Hoy, para Indi y Misca, pero también para todos los que yo sé.
Y para Roberto, por todo lo que me hace reír.*

«[...] cualquiera que sea la sustancia de la que estén hechas nuestras almas, la suya y la mía son iguales[...].»

EMILY BRONTË, *Cumbres borrascosas* (1847)

«Un carácter como el vuestro puede transformar el dolor en bondad. Todo este pesar os va a dar fuerzas y os conducirá a un camino más elevado. Pensad en cómo un árbol crece a pesar de sus heridas: si se le rompe una rama, no se detiene, sino que sigue alzándose en busca de la luz. Debemos afrontar el infortunio con valor y no dejar que nos amedrente. Hemos de representar nuestro papel y superar nuestros problemas, señora.»

TERRENCE MALICK, *El nuevo mundo* (2005)

1

ASÍ ERA MI VIDA. HASTA AHORA

1

«Érase una vez, en una increíble ciudad llena de luz, un chico muy desgraciado. Vivía en un pequeño apartamento y tenía por vecinos a una familia de ratones. Ganaba lo justo para comer dos veces al día e ir al cine una vez al mes. Pero, un día, su suerte cambió.»

Así empieza mi historia, amigos. Lo cierto es que no es ningún cuento de hadas, me ocurrió de verdad, y si me permitís, me gustaría contárosla.

Tengo treinta y dos primaveras y soy escritor de cuentos infantiles. A decir verdad, escribí un cuento hace unos cuantos años, puede que incluso hayáis oído hablar de él o tal vez se lo hayáis leído a vuestros hijos. Pero hace años que no escribo nada bueno, al menos no tan bueno como para que mi editor quiera publicarlo. Y no le culpo, cada página que he escrito desde mi maravilloso cuento es una bazofia, yo mismo lo reconozco. Pero qué se le va a hacer... A veces, la inspiración llega y luego se va. Es lo que tiene depender de tu cerebro. Y, cuando la vida te da limones, no siempre puedes hacer limonada, ¿verdad? Los últimos años mi vida ha pasado entre pañuelos de papel llenos de lágrimas, médicos y enfermeras. Pero no quiero deprimiros contándoos mis penurias... Mejor os contaré mi cuento particular.

Soy hijo único, siempre quise tener un hermano o una hermana, pero mis padres eran demasiado mayores cuando

me tuvieron a mí, su médico incluso llegó a decirles que había sido poco más que un milagro.

—Señor y señora Cambril, no sé muy bien cómo decirles esto...

—Vamos, hombre, ándese sin paños calientes, podemos soportar la verdad. ¿Qué es? ¿Un tumor? ¿Una gemela que no llegó a nacer? Díganos, hombre, díganos de una vez por qué mi mujer tiene el vientre cada vez más hinchado.

—Señor y señora Cambril, van ustedes a ser padres.

—¿¡Cómo?! ¡Pero eso no puede ser!

—Doctor, tengo cincuenta y tres años y mi marido sesenta. Perdone que le diga, doctor, pero no puede ser.

—Estoy seguro, de veras que sí. Lo he consultado con otros colegas y todos coincidimos en que es un..., bueno, cómo decirlo..., es casi... milagroso. Enhorabuena, señor y señora Cambril.

Ese día, mis padres decidieron abandonar París, porque «la vida allí era muy cara y muy peligrosa», y buscaron trabajo en un pueblecito a unos ciento cincuenta kilómetros de la capital. El lugar elegido fue una pequeña villa de calles irregulares construidas con piedras grises y doradas. Su nombre era Mont des Fleurs. Para llegar de un lugar a otro debías recorrer unas cuantas cuestas empinadas adornadas con las macetas cargadas de flores que los vecinos cuidaban en sus fachadas. Había un detalle que lo hacía particularmente especial, y que, tonto de mí, creía que se daba en todas las ciudades del mundo: las ventanas y puertas de cada casa estaban pintadas de un color: añil, salmón, mostaza, rojo cereza, verde lima... Así, cada vecino podía dar su dirección únicamente diciendo: «Mi casa es la de las ventanas esmeralda». Salí de mi error la primera vez que visité el pueblo de al lado con once años y comprobé que allí tenías que dar la dirección exacta —y no explicar el color de las ventanas— para encontrar cualquier negocio o casa. Mis padres localizaron en ese pueblo de cuestas empinadas, flores exultantes y ventanas coloreadas una pequeña panadería con un viejo horno de leña del que se alimentaban varias villas a la redonda desde hacía años y años. Encima

de su tienda había una casita de muros de piedra y ventanas de madera (pintadas, claro está, en verde veronés) de dos plantas con un desván donde aprendí a leer, a pintar y a imaginar. Mi primer cuento, ese que fue un superéxito, lo escribí allí mismo. En la parte de atrás de la casa había un pequeño jardín, más bien era una especie de selva minúscula con la mayor colección de plantas raras (pero preciosas) que yo haya visto jamás, en donde encontré una mesa abandonada que instalé en mi buhardilla. Estaba desgastada y astillada por cada arista y, sin embargo, parecía ir en consonancia perfecta con la vieja máquina de escribir. Porque yo, amigos, soy de los que escribe en máquina de escribir. Nada de portátiles psicodélicos en mesas de diseño ultramoderno. Estoy chapado a la antigua, qué se le va a hacer...

El olor del pan reciente, de los bollos de leche y de las galletas crujientes de canela y chocolate me llegaba por los huecos del suelo de madera, y las voces de las vecinas del pueblo canturreando fueron mi banda sonora esos meses. Cuando pienso en aquella época creo que han pasado miles de años, siento que solo fueran recuerdos que alguien me contó.

Lo único real que conservo de aquellos días es mi máquina de escribir. Una vieja Olivetti Lettera 35 que mi padre me regaló el día que se jubiló. Y empecé a escribir esa misma tarde. Si hacéis números os daréis cuenta de que en esos días yo tenía cuatro años nada más. Mi padre se la compró a un viejo contable jubilado que se acomodó alegremente en una casa cercana a nuestra panadería nada más cumplir los sesenta y cinco años. Decía que no podía con el ritmo de las grandes ciudades, que lo había soportado casi cuarenta años por no quedarle más remedio, pues contaba que lo único que se le daba bien en la vida eran los números, cosa que poco interesaba en un pueblo como aquel y, sin embargo, tan necesaria en los grandes negocios de la capital. Las teclas de esa máquina han sido y son extensiones de mi cuerpo y de mi cabeza. Es lo único que me llevo de cada apartamento que desalojo cuando me

instalo en uno nuevo. Es lo que me mantiene anclado a esos recuerdos felices impregnados de colores, sabores, olores, ruidos...

Ahora vivo en un piso que antaño debió de ser la gran finca de unos señores ricachones, de esos que tenían una campanilla para que les trajeran la comida o lo que fuera que quisiesen en cada «tilín-tilín». Pero no quiero engañaros, que conste: vivo en un piso señorial reconvertido en seis apartamentos independientes. Bueno, siete si contamos donde yo vivo: la buhardilla, como no podía ser menos. La propietaria, una vieja regordeta que fuma como una chimenea y huele a anís que tira para atrás, me enseñó un par de apartamentos cochambrosos situados debajo de mi buhardilla, pero cuando al salir del segundo vi la estrecha escalera de tocones de madera supe que allí arriba se escondía un lugar muy especial.

—¿Arriba?! ¿Estás loco? ¡Arriba no hay más que ratones!

No apartaba mi vista de las escaleras.

—Pero... ¿está disponible? ¿Me lo alquilaría?

—Muchacho, debes de estar un poco loco, fíjate en la preciosidad de apartamento que tenemos aquí mismo — señaló el cuchitril del que habíamos salido hacía tres segundos.

—¿Puede enseñármelo al menos? —Solo me faltaba el olor a pan reciente y bollos calientes. Y unas cuantas macetas con flores rojas, azules y amarillas. «Aquí escribiré mi siguiente obra maestra, tiene que ser aquí.»

Subimos ella primero y yo después. Un par de veces, la madera de los escalones cedió y tuve que sujetarle el culo para que no cayera encima de mí. La señora parecía encantada.

Al fin llegamos a la puerta tras trece escalones-trampa y giró la llave en la cerradura. Los chirridos fueron como de película de miedo, ella se estremeció y, antes de ojear el in-

terior para mostrarme el lugar, volvió a mirarme como preguntándose si realmente no estaría loco.

—Señora, me parece perfecto. ¿Cuánto pide?

—¿Estás seguro?

—Dígame un precio...

El lugar debía de tener unos treinta o treinta y cinco metros cuadrados, dos ventanas que estaban cerradas a cal y canto y unos cuantos muebles tapados con sábanas llenas de polvo. El baño, que para mi sorpresa sí estaba presente, ocupaba un rincón de la habitación y estaba delimitado por un panel de madera tras el que se escondía un viejo inodoro y un plato de ducha. A la cocina le daba forma un mueble sesentero de color naranja medio roído con tres zonas: una pequeña y mugrienta encimera, una placa eléctrica que tendría como cien años, con un solo quemador, y una pila de cerámica descolorida (con un grifo que goteaba incorporado), sobre la que había un espejo redondo sin marco. Imaginé que haría las veces de lavabo.

—Bueno... Déjame pensar, muchacho... Está bien, si insistes, seiscientos cincuenta euros.

—¿Cómo?! Pero si por el de abajo me pedía quinientos...

—Ya, pero es que el de abajo no tiene baño propio y además solo dispone de un ventanuco que da a un patio interior, y este, por el contrario, tiene buenas vistas.

—Eso habrá que verlo.

Di tres pasos y llegué a la primera ventana, descorrí la cortina (el polvo que levantó hizo estornudar estruendosamente a la mujer) y separé las contraventanas de madera que cubrían los cristales. Y ante mí, amigos, encontré la vista más maravillosa que se puede tener de París. Podía ver la trasera de la Ópera con las ventanas de los camerinos reflejando la luz del sol, veía también parte de La Madeleine con sus imponentes columnas corintias soportando el peso de la cubierta y, al fondo, a lo lejos, veía un pedacito de la Torre Eiffel. Maravilloso.

—¿Y bien? ¿Qué te había dicho? —La mujer se limpiaba los dientes con un palillo—. Serán seiscientos cincuenta eu-

ros, más tres meses de fianza. Necesito una copia de tu contrato, de tus tres últimas nóminas y de tu documento de identidad. —No respondí, no dejaba de admirar los edificios blancos bañados por el sol del atardecer de París—. Ah, y date prisa, que esto me lo quitan de las manos, ¿eh?

Dos días después, ya tenía casa. Y de verdad esperaba con todo mi corazón que fuera la definitiva. Al menos la que me llevara de nuevo al éxito. Quería un buen contrato, una casa propia, quería un coche y quería poder desayunar fruta cada día.

Mi buen y reciente amigo Karim me ayudó con la mudanza. Es un tipo fuerte. Cuando se pone el abrigo en invierno parece aún más grande, y si le ves de espaldas jurarías que es un gigante, en serio. Subió mis pocas cosas, pero sobre todo me ayudó a bajar las que no necesitaba. Entre los dos dejamos el piso... habitable, dejémoslo ahí, porque ninguno de los dos es muy perfeccionista en eso de la limpieza y el orden, pero al menos quitamos casi todo el polvo, las cacas de ratones y pusimos sábanas limpias en la cama y sobre el sofá de muelles.

Al terminar, con la despensa vacía, no pude invitarle a nada.

—Vayamos al bar de Carol, Karim. Está aquí cerca, es una buena amiga.

—No puedo, tío... He quedado con la pelirroja... —Mostró su sonrisa más guarrona.

—¿La pelirroja? ¿La de esta mañana?

—Claro, a ver cuántas pelirrojas te crees que hay en el mundo, por eso son tan especiales —con sus manos dibujó las curvas de una mujer—, *¡atontao!*

—Vale, no me pegues en la cabeza, pesado. Que si no perderé la concentración...

—Eso, eso, tú ponte ya a escribir. —Me llevó por los hombros hasta la mesa en donde comería y trabajaría, y me sentó en la silla, frente a mi máquina de escribir—. Cuando seas millonario, nos invitarás a tu choza, ¿no?

—Cuenta con ello. Gracias, Karim.

—¡No me las des! —Volvió a darme con la palma de la mano en la nuca y se fue riendo y saltando.

Cerró la puerta al irse y vi varios remolinos de polvo bailando por el suelo de la habitación.

—Está coja. La silla cojea, mierda...

No lo sabéis, pero cuando estoy solo hablo en voz alta casi siempre.

Junté varias jornadas libres para poder instalarme en mi nueva buhardilla y, como tardé menos tiempo de lo que había planeado en un principio, al día siguiente no tenía nada que hacer. Decidí empezar mi gran obra maestra. Me senté en la silla oscilante, coloqué un folio en blanco dentro de mi Olivetti Lettera 35 y acerqué una botella de agua.

Vamos a ver... De qué puede tratar mi cuento... ¿Qué les gusta a los niños? Piensa, Nico, piensa...: los juguetes, las tartas, las vacaciones... las tetas...

Sí, les gustan las tetas, pero cuando son bebés, ¡idiota! Luego se olvidan de las tetas hasta que tienen doce o trece años...

Aunque la verdad es que cuando yo tenía ocho años me fijaba en las tetas de la mujer del zapatero... Menudo par de melones, hay que ver... Hoy en día ya no se ven esas proporciones...

¡Dios! ¿Pero qué hago? ¡Seré idiota!

Más vale que te centres, Nicolas, que si no ya sabes lo que te espera...

Un pitido me sacó de mis locas cavilaciones.

¡Salvado por la campana!

Mi móvil sonó justo cuando la angustia, como si estuviera hecha de liliputienses, empezaba a trepar por los dedos de mis pies.

—¡Hola, Karim, amigo! ¿Qué te cuentas? Claro, ahora mismo bajo, así te invito a la cerveza de ayer...

Bajé al portal, me senté en el peldaño de la entrada y diez minutos más tarde apareció Karim conduciendo su BMW M3 rojo de hace casi treinta años. Todo un clásico,

ningún hombre puede resistirse a ese fenómeno. Y casi ninguna mujer, al menos si lo conduce Karim.

—¡Sube! Dejamos esa birra para otro día, ¿vale?

—Hecho. ¿Qué tal ayer?

—Buf..., bestial... ¿Te acuerdas de la morenita del otro día? Pues la pelirroja debía de tener tres tallas más, como a mí me gustan, amigo, con carne para agarrar —y río hasta quedar sin aire.

—Eres un poco cerdo, ¿no? ¿Volverás a verla?

—¿A la morenita?

—A cualquiera, Karim, a cualquiera de las dos...

—Ya veremos. —Me brindó otra de sus sonrisitas.

—¿Nunca te has enamorado?

—¡¿Qué?! ¿Ahora te me pones cursi?

—En serio, Karim, ¿nunca has sentido algo especial?

—Mira, tío, si te pones en plan sensible, mejor llamo a Charlotte —una compañera de trabajo que nunca para de parlotear, siempre tiene algo que decir—, ella por lo menos me contará algo interesante...

—¿A dónde vamos? —Me di cuenta de que habíamos salido del centro y avanzábamos hacia el norte de París.

—Eh... Pues, verás, es el cumpleaños de Pauline...

—¿Y quieres que te acompañe? —No me sorprendía, Karim era un tipo muy eficaz con las mujeres, pero cuando se trataba de su ex metía el rabo entre las piernas. Y más desde que me contó que la había visto con otro tipo.

—Sí, es que casi no conozco a nadie en la fiesta...

—¿Fiesta?! ¿Me llevas a la fiesta de tu hija? ¡Tío, ni siquiera le he comprado un regalo...!

—Tranqui, mira atrás —lo hice y vi dos paquetes de idéntico tamaño—, son las hermanas «caquita y pis», sus preferidas, me las lleva pidiendo desde Navidad.

Una media hora más tarde aparcamos en una de las calles de los barrios norte de la ciudad. Todas me parecían iguales, alguien debió de construir todos los edificios idénticos para reírse un rato mientras cada uno intenta encontrar el suyo.

Podría escribir un cuento sobre un niño que se pierde en estos barrios y no puede encontrar a su mamá..., se acurrucará en un rincón hasta consumirse...

¡Dios! ¿Pero en qué coño estoy pensando? Eso no es un cuento infantil, es una pesadilla traumatizante...

—¡Papá! —el grito de la niña me llevó de vuelta al mundo. Pauline se abalanzó sobre su padre, que la levantó al vuelo casi a la vez que me pasó los dos paquetes. Evidentemente se me cayeron de las manos y se abollaron un poco, pero la niña no lo notó.

Comimos tarta de color rosa, *snacks*, bebimos coca-cola falsa, inflamos globos, los pinchamos, encendimos bengalas, soplamos las velas todos juntos y yo mismo ayudé a la niña a abrir sus regalos mientras Karim y su ex discutían en la cocina. A ella solo la había visto cinco o seis veces desde que conocí a Karim, pero en todas acabó dándole gritos. Él agachaba la cabeza y los aguantaba como un aguacero. Algo gordo debía de haber hecho, pero nunca le pregunté. No es el tipo de tío que se abra en ese sentido, es más de ayudar en mudanzas, cambiarte el turno de trabajo, salir de juerga e incluso estoy seguro de que prefería ir al médico contigo si hiciera falta donar sangre antes que abrirse un poco y dejar que veas sus sentimientos. Todos sabemos que es así. No nos importa porque es buen chico. Es un buen amigo.

Cuando la tormenta pasó, Zoe, la ex, me dio las gracias por acompañar a la niña.

—No hay de qué. Me he divertido mucho, en todo caso gracias a ti por invitarme.

—Siento que me veas como una loca...

—No, no... Para nada, Zoe.

—No te molestes. Sé que es así y es cierto. Cada vez que nos hemos visto le he pegado un repaso a Karim. Imagino que debes de pensar que soy una demente o una obsesa o algo peor...

—No, en serio...

Amigos, no sé mentir, es otra de mis cualidades como persona: no sé mentir y cuando lo hago se me nota.

—¡Ja, ja, ja! ¡Te estás poniendo como un tomate! —No paraba de reír, ella sí se estaba poniendo roja, incluso se estaba hinchando un poco—. ¡Lo siento! —Trató de guardar la compostura, se tapó la mano con la boca para evitar volver a reír y pude ver que aún llevaba su anillo de boda puesto en el dedo anular—. ¿Es verdad que tú escribiste ese cuento? —señaló mi libro, que estaba sobre la camita de la niña.

—Sí, pero eso fue hace mucho. Casi en otra vida...

—Pues que sepas que es el favorito de mi hija, de ella y de todos sus compañeros. Lo leen en clase siempre que pueden, creo que tienen como cinco o seis ejemplares en la biblioteca de infantil porque es el cuento más buscado.

—Gracias —enrojecí. Otra cualidad: no me gustan los cumplidos, me avergüenzan.

—¡No hay de qué! Bueno, Nicolas...

—Llámame Nico, todo el mundo me llama así desde siempre.

—Está bien, Nico. ¿No tienes novia?

—Mmm... La verdad es que no...

—Bueno, tal vez ¿alguien especial?

—Pues no, la verdad... No hay nadie.

Karim nos interrumpió, éramos los últimos invitados y ya se hacía tarde, así que decidimos marcharnos. Ellos se despidieron más calmados, aunque podía ver la vergüenza en los ojos de mi amigo. *Algo gordo debió de hacerle...* Zoe me abrazó y caí en la cuenta de que ese abrazo fue el primero que me daban en los meses que llevábamos del año. Y estábamos ya en abril.

Amigos, así era, no había nadie. Nunca había habido nadie reseñable en mi vida amorosa. Las chicas me consideran un tío majo y guapo. Soy bastante alto, con buen pelo (aunque algunas mañanas es indomable...), tengo una bonita sonrisa y siempre las hago reír. He tenido buenas